

32. EL RICO INSENSATO

Introducción. Una de las costumbres más arraigadas en estos tiempos de la inmediatez es vivir más pendientes del futuro, de las expectativas, de las idealizaciones que proyectamos en lo que nos queda por vivir. Más atentos a la novedad que en descubrir el poder del presente. Seguimos más la lógica de la acumulación, de la fe que nos aporta rentabilidad, utilidad, recompensas inmediatas, de querer asegurar nuestras vidas con nuestros propios recursos, más que en activar la gratitud y la búsqueda del bien común. La parábola de hoy es una invitación a no construir paraísos artificiales con los que nos citamos en el futuro inmediato, sino a vivir el aquí, el ahora, el con estos, como lugar del gran regalo de Dios que es la vida. Se nos escapa de la vida revisitando constantemente el pasado, o ensoñándonos con el futuro. La palabra **insensato** proviene del latín *insensātus*, formada por el prefijo de negación *in-* y *sensātus* (dotado de sentido, buen juicio o seso), participio de *sentire* (sentir, percibir). Literalmente significa alguien "falto de sentido", prudencia o sabiduría. De alguien así de insensato habla la parábola que hoy vamos a compartir.

Lo que Dios nos dice. *«Entonces le dijo uno de la gente: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Él le dijo: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?». Y les dijo: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes». Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?” (Lc 12,13-20)».*

La parábola es la respuesta de Jesús a la petición de hombre que se aproxima a Jesús con una petición inverosímil. Pide a Jesús que se convierta en juez en un litigio de herencias. Jesús se desmarca inmediatamente. Quiere dejar clara que su misión, su propósito, que nada tiene que ver con lo económico y patrimonial. Jesús advierte contra la avaricia y la falsa seguridad material. Enseña que acumular riquezas terrenales que es la gran preocupación de la mayoría de las personas, es una gran necesidad si no se es “rico para con Dios”, resaltando la fragilidad de la vida y la necesidad de priorizar lo espiritual.

«No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Hacedos tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt6,19-21).

La avaricia es totalmente insensata, porque nadie se lleva nada de lo que acumula en esta tierra. El rico no es condenado por ser rico, sino por su actitud egocéntrica. Se olvida que Dios es el verdadero dueño de los bienes y que estos deben compartirse, no solo atesorarse. La riqueza nos da una falsa sensación de seguridad. El hombre planifica su futuro ignorando a Dios y la fragilidad de la vida (“esta noche vienen a pedirte tu alma”). La riqueza no puede comprar la vida ni la salvación. La verdadera riqueza, es cultivar una relación con Dios, y con las personas que se construye en la gratitud y la generosidad y el uso de los recursos al servicio del reino. El discurso del rico se centra en sí mismo (“mi”, “mío”, “yo”), lo que refleja una cosmovisión idólatra donde el dinero ocupa el lugar de Dios.

Cómo podemos vivirlo. La vida no consiste en la abundancia de bienes que somos capaces de acaparar, sino en el amor que somos capaces de descubrir a través de ellos y la relación de confianza y de generosidad que se establece ante Dios. La vida es mucho más que la “abundancia de posesiones”. ¿Qué pasa con toda esa riqueza cuando morimos? Está muy bien pensar en dejar un patrimonio y una herencia a las personas que amamos. Pero la mejor herencia es la vida entregada, los diálogos, los momentos inolvidables. El pasar por este mundo haciendo el bien, disfrutando de todo, es lo que nos hace unos sabios y bendecidos. El amor convertido en acontecimiento diario. Somos bendecidos para ser una bendición en las vidas de otros, y somos bendecidos para construir el reino de Dios. Por lo tanto, si Dios te ha bendecido con riquezas materiales “no pongas tu corazón en ellas” y “sé rico para con Dios”. La gran herencia y el mejor patrimonio que podemos dejar a los que amamos Ese es el mensaje de la Parábola del Rico Insensato.